



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

La escucha en la democracia comunicativa de Iris Young

Autora:

Marta Mira Aladrén

Directora:

M^a Aránzazu Hernández Piñero

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Filosofía

Año 2015

Resumen

El presente trabajo analiza la noción de escucha y su relación con el modelo de democracia comunicativa elaborado por Iris Marion Young. Aunque no hallamos una definición sistemática de este concepto, la escucha juega un papel clave en la filosofía política de nuestra autora. Con el objetivo de mostrar su importancia, atenderemos a una red de conceptos, a saber, grupo social, opresión, espacio público heterogéneo y democracia comunicativa, que permitirá rastrear la función que juega la escucha en la eliminación de las injusticias y la reformulación de la democracia.

La propuesta de Young se dibuja sobre un fondo crítico: la crítica a la concepción de la justicia en términos exclusivamente distributivos, a la noción de esfera pública basada en el ideal de imparcialidad y a un concepto demasiado restringido de deliberación democrática. A nuestro modo de ver, las alternativas de la autora giran en torno a tres ejes: en primer lugar, la comprensión de la injusticia como opresión y dominación, en la que incluye la idea de grupo social, de la que nos ocuparemos en el primer apartado. En segundo lugar, la noción de espacio público heterogéneo, articulado sobre el reconocimiento de las diferencias, prestando especial atención a la inclusión de los grupos sociales oprimidos, que abordaremos en el segundo apartado. Y, finalmente, la consideración de un modelo de democracia preocupado no sólo por las condiciones de posibilidad de la toma de la palabra, sino también por las de la escucha. En este contexto, al que dedicaremos el último apartado, la reflexión acerca de los estilos comunicativos se torna fundamental.

En suma, la democracia comunicativa se basa en un cambio en los procedimientos deliberativos y las reglas discursivas, de modo que se amplíen los estilos comunicativos considerados válidos con el fin de posibilitar y promover la inclusión y la escucha reales, permitiendo así la participación de todos los sujetos en la deliberación democrática.

Índice

Introducción	4
1. Justicia, opresión y grupo social	6
2. ¿Qué es el espacio cívico público heterogéneo?	13
3. Democracia comunicativa: inclusión y escucha	20
Conclusiones	29
Bibliografía	32

Introducción

En los últimos años, las movilizaciones en la calle en reclamo de espacios de participación y cambios políticos por parte de los movimientos sociales en España, así como en otros muchos países europeos y del mundo, han protagonizado buena parte de nuestra vida social y política. Recientemente, en el contexto del Estado español, tanto a lo largo de los procesos conducentes a como tras el resultado de las elecciones municipales y autonómicas buena parte de los discursos políticos han girado en torno a la demanda de una ruptura con el sistema político anterior y de una “nueva política”. ¿Cuáles serían los rasgos de esta nueva política?

Si acudimos a algunos de los discursos de investidura, por ejemplo, los de Manuela Carmena, alcaldesa de Madrid, y Ada Colau, alcaldesa de Barcelona, hallamos conceptos que se repiten, presentes ya en sus campañas electorales se dejaron ver. Carmena afirmó que “se llevan a cabo muchos discursos y pocas conversaciones” o “queremos que gobiernen los ciudadanos a través de las estructuras de participación”¹. Ada Colau, por su parte, declaró que “queremos un ayuntamiento que esté a pie de calle, que escuche siempre y que esté por el diálogo de todos y de todo” o “un ayuntamiento debe inspirar, escuchar mucho más a su gente e implicar a su gente en la aplicación, el diseño, implementación y evaluación de las políticas públicas”². A su vez, a lo largo de estos mismos discursos y campañas, los y las candidatas recurrían constantemente a historias de personas que habían conocido en el metro, en el mercado, etc. La cercanía, la proximidad, el “encontrarse con las personas” y la posibilidad de entendimiento se han convertido en claves de esta llamada nueva política.

Me ha resultado estimulante constatar la presencia y el valor concedidos a la comunicación, la conversación y la escucha en estas “nuevas” formas de hacer política. Precisamente la comunicación, la conversación y la escucha son los elementos en torno a los que la filósofa política estadounidense Iris Marion Young desarrolló su reflexión sobre la justicia y su propuesta de democracia comunicativa desde finales de la década de los ochenta y principios de los noventa. Por ello que considero que el acercamiento a

¹ CARMENA, M., *Discurso de investidura*. Madrid: 13 de junio de 2015. Disponible en: <https://youtu.be/VL1HjZS4qGU>. Consultado el 25 de junio de 2015.

² COLAU, A., *Discurso de investidura*. Barcelona: 13 de junio de 2015. Disponible en: <https://youtu.be/BK1JocSDSy8>. Consultado el 25 de junio de 2015.

su obra es crucial para entender el momento político en el que nos encontramos así como los reclamos y voces que han surgido en estas últimas décadas.

Iris Young, tempranamente fallecida, fue reconocida, ya en vida, entre sus contemporáneos, por sus sugerentes trabajos sobre justicia, democracia y política de la diferencia, debido a, como señala Mariam Martínez-Bascuñán, “una sensibilidad política que golpea” y “su extremada audacia para nombrar en términos políticos las significaciones y experiencias más mundanas”³. Por su parte, María José Guerra Palmero, otra estudiosa de la obra de la autora, no duda en calificarla como “una de las pensadoras más incisivas y vanguardistas en su periplo filosófico y político”, que “abordó un campo temático más que extenso y replanteó, bajo una nueva luz, numerosas cuestiones candentes relativas a la misma intelección de la política y de las teorías de la justicia”⁴. Una autora extremadamente clara pero, a su vez, con una escritura hermosa, que hace que lo cotidiano, el día a día de las personas, pase a formar parte de la vida política.

Desde sus inicios académicos, su investigación se centra en la justicia, los derechos humanos y la teoría política desde una perspectiva que articula creativamente la teoría feminista y la teoría crítica. En consonancia con lo que será su propuesta de democracia comunicativa, Young desarrolla su pensamiento en conversación con diversas autoras y diversos autores, como, por ejemplo, John Rawls, Jürgen Habermas, Seyla Benhabib o Nancy Fraser y en atenta escucha a los movimientos sociales. Inspirada por los nuevos sentidos de la justicia puestos en juego por los movimientos feminista, negro, indígena y de liberación gay y lesbica, fundamentalmente, la autora propone una redefinición de la justicia en términos de dominación y opresión en su primer libro *La justicia y la política de la diferencia*. Durante toda su trayectoria, Young sostendrá el vínculo entre democracia participativa y justicia por lo que la reflexión sobre la inclusión y la participación serán una constante como muestran sus obras *Intersecting voices*, *Inclusion and democracy* y su último libro publicado póstumamente *Responsabilidad por la justicia*⁵.

³ MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, M., *Género, emancipación y diferencia(s). La teoría política de Iris Marion Young*. Madrid: Plaza y Valdés, 2012, p. 18.

⁴ GUERRA PALMERO, M.J., “Presentación. Iris Marion Young, la pensadora de las injusticias estructurales y de la responsabilidad política”. *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*, 51, 2013. Disponible en: <http://revistes.uab.cat/enrahonar/article/view/v51-guerra/pdf-es>. Consultado el 26 de junio de 2015, p.5.

⁵ YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra, 2000.

YOUNG, I.M., *Inclusion and democracy*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

Coincido con Young en afirmar que “la democracia participativa es un elemento y una condición de la justicia social”⁶. Uno de los aspectos que me ha resultado más sugerente del pensamiento de la autora es que muestra que lo que denomina “estilos comunicativos” incide directamente en la participación política, tanto en la posibilidad de expresión como de ser escuchados y escuchadas. Por ello, el presente trabajo tiene por objetivo analizar la noción de escucha y su relación con el modelo de democracia comunicativa elaborado por Iris Marion Young. La escucha juega un papel clave en la filosofía política de nuestra autora, pese a que no encontramos una definición sistemática de este concepto. Sin embargo, estimo que la reflexión acerca de la justicia, la democracia y la política que lleva a cabo Young dependen de aquel. A tal fin, rastrearé la función de la escucha mediante el recorrido por un conjunto de conceptos relacionados entre sí: grupo social, opresión, espacio público heterogéneo y democracia comunicativa.

En primer lugar, analizaré el concepto de grupo social a partir del cual la autora repiensa el concepto de justicia, redefinido ahora como opresión y dominación. En segundo lugar, explicaré la crítica a la noción de espacio cívico público basado en el ideal de imparcialidad así como la propuesta de la autora de articular un espacio público heterogéneo que respete las diferencias y garantice la participación de los grupos oprimidos. Por último, atenderé a la crítica de los modelos democráticos basados en el interés y deliberativos con el fin de analizar el papel de la escucha en el marco de la democracia comunicativa de Young. Esta propuesta que surge como respuesta a las demandas políticas y sociales contemporáneas y exige la modificación de las reglas deliberativas así como la ampliación de los estilos comunicativos considerados válidos para la deliberación democrática.

1. Justicia, opresión y grupo social

La filosofía de Young parte de una preocupación por la justicia y los procesos que llevan a la opresión así como por la reproducción de la misma en la vida cotidiana. Pero, ¿qué entiende Young por justicia? La propia autora responde: “La justicia no

YOUNG, I.M., *Intersecting voices*. Princenton (New Jersey) : Princenton University Press, cop. 1997.

YOUNG, I.M., *Responsabilidad por la justicia*. Madrid: Morata, 2011.

⁶YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra, 2000, p. 308.

debería referirse solo a la distribución, sino también a las condiciones institucionales necesarias para el desarrollo y ejercicio de las capacidades individuales, de la comunicación colectiva y de la cooperación”⁷.

Young considera que la distribución de bienes no puede agotar la idea de justicia, puesto que ésta no atiende adecuadamente a la multiplicidad de relaciones sociales que son fuente de injusticia. Inspirada por los movimientos feminista, negro, indígena y de liberación gay y lésbica, fundamentalmente, propone una redefinición de la justicia en términos de dominación y opresión. La autora desarrolla estos conceptos a través de cinco criterios, los cuales permitirían identificar estructuras y procesos que generan injusticias estructurales. Estos criterios son: explotación, marginación, carencia de poder, imperialismo cultural y violencia, a los que la autora denomina como las “cinco caras de la opresión”⁸.

Como ha señalado M^a José Guerra Palmero, la filosofía política de Young se ocupó, principalmente, “de cómo las opresiones cercenan las oportunidades y los derechos de las personas que pertenecen a los grupos, fuertemente estigmatizados que las sufre”⁹. Tratar de comprender las injusticias, con el objeto de eliminarlas y/o repararlas, exige repensar la injusticia en relación con la opresión en el marco de una comprensión no individualista ni liberal de los sujetos sociales. Por esta razón, Young define la noción de grupo social en función del concepto de opresión. Según la autora, la opresión es un proceso institucional, sistemático y estructural. Así:

(...) la opresión se refiere a las grandes y profundas injusticias que sufren algunos grupos como consecuencia de presupuestos y reacciones a menudo inconscientes de gente que en las interacciones corrientes tiene buenas intenciones, y como consecuencia también de los estereotipos difundidos por los medios de comunicación, de los estereotipos culturales y de los aspectos estructurales de las jerarquías burocráticas y los mecanismos del mercado; en síntesis, como consecuencia de los procesos normales de la vida cotidiana¹⁰.

Por tanto esta noción de opresión refiere a las barreras institucionales para poder participar en las condiciones de vida y determinación de las acciones y la autodeterminación. Es decir, la opresión es un concepto estructural, que se encuentra en

⁷ YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*, op. cit., p. 71.

⁸ *Ibid.*, p. 86.

⁹ GUERRA PALMERO, M.J., “Presentación”, op. cit., p. 5.

¹⁰ YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*, op. cit., p. 75.

las normas, en todos aquellos procesos y cuestiones culturales, que tomamos como dados y, por tanto, no cuestionamos. La opresión no siempre sería un producto consciente e intencionado, sino que, como veremos más adelante, en la mayoría de ocasiones se trata de una reproducción inconsciente de estereotipos culturales.

En primer lugar, explicaré la explotación. Si bien Young parte del concepto marxiano de explotación, la autora lo complejiza, llevándolo más allá del concepto de clase, para atender también al trabajo no asalariado, fundamentalmente, generizado y racializado, por ejemplo, el trabajo doméstico realizado mayoritariamente por mujeres, pero socialmente no reconocido como trabajo, o la asociación de las razas no blancas con el “trabajo *de servir*”¹¹. Así, la autora define la explotación como aquel tipo de opresión “que tiene lugar a través de un proceso de transferencia de los resultados del trabajo de un grupo social en beneficio de otro”¹². Ahora bien, la explotación no consistiría sólo en desigual producción y distribución de la riqueza (económica), sino también en determinadas relaciones sociales de poder en sentido amplio:

La explotación determina relaciones estructurales entre los grupos sociales. Las reglas sociales respecto de qué es el trabajo, quién hace qué y para quién, cómo se recompensa el trabajo y cuál es el proceso social por el cual las personas se apropian de los resultados del trabajo, operan para determinar relaciones de poder y desigualdad. Estas relaciones se producen y reproducen a través de un proceso sistemático en el cual las energías de las personas desposeídas se destinan por completo a mantener y aumentar el poder, categoría y riqueza de las personas poseedoras¹³.

La segunda de estas caras, sería la marginación. Young define las personas marginales como “aquéllas a las que el sistema de trabajo no puede o no quiere usar”¹⁴. Los sujetos oprimidos a causa de la marginación serían aquellas personas que se encuentran privadas de bienes materiales que, mediante políticas redistributivas, el Estado trata de afrontar. Estas políticas redistributivas generan situaciones de dependencia hacia un Estado paternalista, lo que provoca que, pese a que la dependencia no es opresiva en sí misma, estas situaciones que genera con respecto a la gente marginal sí lo sean. Podemos comprobar este carácter opresivo en dos cuestiones:

¹¹ *Ibid.*, p. 91.

¹² *Ibid.*, p. 88.

¹³ *Ibid.*, p. 88.

¹⁴ *Ibid.*, p. 94.

por un lado, priva de derechos y libertades a quienes dependen de ellas y, por el otro, bloquea las oportunidades de ejercer capacidades siendo socialmente reconocidos. Se trata de una opresión en términos culturales, ya que pese a la redistribución, la no adecuación de estas personas al ideal social de autonomía, genera en éstas aburrimiento, falta de autoestima o inutilidad, en tanto en cuanto no son reconocidas socialmente.

La tercera de estas caras es denominada por Young como *carencia de poder*. La mayoría de la población no puede participar en la toma de decisiones que afectan a sus condiciones de vida. “Quien carece de poder tiene poca o ninguna autonomía laboral, dispone de pocas oportunidades para la creatividad y no utiliza casi criterios propios en el trabajo, (...)”¹⁵. Quien carece de estatus de privilegio profesional tiene dificultades para expresarse y para que sus opiniones generen respeto en el resto. No existe ni autonomía laboral ni oportunidad para la creatividad.

La cuarta cara de la opresión es el imperialismo cultural, que Young recrea en el contexto de caracterización de su concepto de grupo social. “El imperialismo cultural –sostiene la autora- conlleva la universalización de la experiencia y la cultura de un grupo dominante, y su imposición como norma”¹⁶. La consecuencia es que produce una representación errónea de la humanidad, ya que ésta es definida única y exclusivamente en función de las experiencias y cultura de un sólo grupo, el grupo dominante. Este grupo, en tanto dominante, tiene acceso privilegiado a las vías de interpretación y comunicación social, lo que le permite convertir a los otros grupos en “otros”, es decir, en desviaciones inferiores, en negación y carencia, como podría ser el caso de la gente gay a la que se identifica como promiscua, del mismo modo que se entiende que la Tierra gira alrededor del Sol. La paradoja se produce cuando al ser visibilizados los grupos oprimidos se convierten en grupos estereotipados y marginalizados. “Mientras el sujeto desea el reconocimiento como humano, capaz de actuar, lleno de deseos y posibilidades, solo recibe de la cultura dominante la declaración de que está marcado, de que es diferente e inferior”¹⁷.

Por último, la violencia constituye la última cara de la opresión, que como las anteriores también se define por su carácter sistemático. No se trata de una acción individual, sino de una práctica social, que produce que el hecho de pertenecer a un grupo social determinado, como pueden ser cualquiera de los que hemos mencionado en

¹⁵ *Ibid.*, p. 99.

¹⁶ *Ibid.*, p. 103.

¹⁷ *Ibid.*, p. 104.

la marginación o la explotación, sea una predisposición a ser víctima. “En la medida en que las instituciones y las prácticas sociales alientan, toleran o permiten que se lleve a cabo la violencia contra miembros de grupos determinados, dichas instituciones y prácticas son injustas y deberían reformarse”¹⁸.

El concepto de opresión de Young, tal y como entiende Guerra Palmero, es una concepción por la que las opresiones en muchas ocasiones aparecen “interseccionadas”, término que trae cierta discusión, pero que Guerra Palmero defiende en tanto en cuanto Young desarrolla su obra en paralelo y atendiendo a las propuestas de feminismos como el negro, chicano, lesbianos, etc.¹⁹

Los grupos a los que nos hemos referido en la explicación anterior no son todos oprimidos de la misma manera o en la misma medida, en tanto en cuanto son gente oprimida comparten una condición común, que sufren de diferente manera. Estos grupos tienen en común el hecho de sufrir injusticias más allá de la redistribución, pese a que lo hagan de diferente manera. Es por esta condición que podríamos decir que la “opresión es una condición de grupos”²⁰. Una condición relacional con otros grupos, siendo el grupo social el resultado de cómo se ven a sí mismas y como entienden a las demás.

El grupo lo forman personas relacionadas que conforman una identidad que se desarrolla en el encuentro e interacción a través de la experimentación de diferencias en su forma de vida y asociación. Podría decirse que el grupo social es el resultado de una organización interna de autopercepción en función de las categorías sociales. Los grupos solo existen en relación a otros grupos, a partir de exclusiones.

Nuestro discurso cotidiano diferencia a la gente de acuerdo con grupos sociales tales como mujeres y hombres, grupos de edad, grupos raciales y étnicos, grupos religiosos etc. Los grupos sociales de este tipo no son simplemente colecciones de gente, dado que están esencialmente entrelazados con la identidad de las personas descritas como pertenecientes a dicho grupo. Son una clase específica de colectividad con consecuencias específicas respecto de cómo las personas se entienden a sí mismas y entienden a las demás (...) Un grupo social es un colectivo de personas que se diferencia de al menos otro grupo a través de formas culturales, prácticas o modos de vida²¹.

¹⁸ *Ibid.*, p.110.

¹⁹ GUERRA PALMERO, M.J., “Presentación”, *op. cit.*, p.6.

²⁰ YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*, *op. cit.*, p. 73.

²¹ *Ibid.*, p.77.

La diferencia primordial del concepto de grupo social de Young con respecto a otros, es que no se trata de algo esencialista, sino que surge de las propias interrelaciones entre los sujetos, los diferentes grupos, las instituciones y los procesos culturales. Otra de las características diferenciadoras de estos grupos sería que la disolución de los mismos no conlleva una eliminación de la opresión, sino que las diferencias de grupo son un fenómeno inevitable, e incluso deseable. La diferencia en sí misma, para Young, y tal como veremos más adelante, no es opresiva e inalterable, sino que la conceptualización de ésta de un modo flexible nos permite mostrar que los grupos sociales no son homogéneos, sino múltiples y cruzados.

Para Young, tal y como ya he comentado, se concibe en torno a un sentido de identidad, lo cual examina principalmente en el caso de las mujeres y de la gente negra norteamericana, por la relación de estos grupos con atributos físicos, pero en ningún momento de un modo cerrado y homogéneo, sino que el grupo social para Young es un conjunto heterogéneo de personas que por distintas circunstancias o características tienen una historia o una manera de ver el mundo y ser vistas en común. Un grupo social engloba colectivos de personas que tienen alguna característica común, pero que además genera, como veremos más adelante, un modo de entender el mundo y al grupo mismo en relación con esa característica, en tanto en cuanto la sociedad entiende a los individuos que conforman ese grupo social en torno a la característica que los engloba en ese grupo, llevando a cabo una categorización social.

La característica positiva de los grupos o categorías sociales reside en la historia común que los propios grupos generan, en esa autoidentificación que hemos nombrado anteriormente. Este significado de grupo constituye parcialmente la subjetividad de los miembros de los grupos sociales, no ya sólo situando a los miembros de estos grupos como seres escindidos, sino que el pertenecer a un grupo y la identificación con el mismo hace que los miembros de estos grupos tengan vivencias en torno al concepto de ese grupo, que generan a su vez una subjetividad derivada de esa identificación positiva con los demás miembros de su grupo y provocada por esa historia común y las vivencias derivadas de las relaciones con el resto del grupo. En definitiva el concepto de grupo social, y la pertenencia se basa en las relaciones entre grupos, entre los grupos y las instituciones, se trata de un problema relacional que varía en función de los grupos comparados.

La opresión, para Young, vendría por una concepción errónea del sujeto y por tanto del grupo social. Esta concepción errónea de la que hablaría Young sería la del

liberalismo clásico de Rawls, una concepción individualista en la que la naturaleza humana es esencialmente adquisitiva. Esta concepción tan individualista supondría, según Young, el entender al sujeto desde un punto de vista cerrado y adaptado a la visión del grupo dominante, es decir, no sólo dejar a un lado a todas aquellas personas que no se adaptan al sistema u orden establecido, a ese modelo considerado socialmente como “normal”, tal y como ocurriría en la opresión por imperialismo cultural, por ejemplo, sino que además esa concepción provocaría que el orden se legitimará y se proyectará, de manera que continuará la concepción y las desigualdades sociales. Provocando de este modo la creación de grupos dominantes, cuya percepción de grupo se entendería como más válida que la del resto de grupos, incluso como universal, y por otra parte grupos oprimidos que deberían someterse a la percepción de los grupos dominantes.

La justicia para Young, en tanto en cuanto debe acoger a toda la sociedad, debe entender al sujeto según una concepción, más abierta y heterogénea, y entendiendo que son las experiencias vividas por el sujeto, y la percepción de estos en función del grupo social al que pertenecen, son las que lo van formando y configuran. Esta concepción de justicia va íntimamente ligada al concepto de diferencia de Young.

La diferencia es analizada por Young, tal y como hemos comentado anteriormente, desde una perspectiva de ruptura con una concepción que proponía una liberación por medio de la eliminación de la diferencia. La lucha contra la opresión que Young propone va en la línea de los movimientos de liberación, movimientos específicos de grupo y orgullo cultural. Proponen una liberación que se ejercería por medio de la autodefinición positiva de la diferencia de grupo. En relación con la concepción de sujeto de la que hemos hablado, Young ve la diferencia como algo positivo y que debe potenciarse, para poder generar un espacio heterogéneo que permita una igualdad política real y una eliminación de privilegios.

Tal y como hemos desarrollado en este apartado, el concepto de grupo social, así como el de opresión y diferencia que surgen de él, juegan un papel crucial para entender y comprender la propuesta política de Young, así como el funcionamiento de la sociedad. En los apartados que continuán analizaremos el papel que cumplen estos conceptos tanto en la sociedad como en las relaciones sociales y la propuesta de liberación de Young, que parte de estos movimientos de liberación para plantear un modelo democrático en el que todos los grupos se vean realmente representados.

2. ¿Qué es el espacio cívico público heterogéneo?

La noción youngiana de espacio público no sólo alude a las instituciones, sino que hace especial hincapié a la participación de la sociedad civil en la vida social y política. La reflexión de Young sobre el espacio público gira en torno a, por un lado, la crítica al ideal de imparcialidad que, desde su punto de vista, ha articulado la noción moderna de esfera pública y, por otro, la redefinición del espacio público en términos de participación e inclusión a través del reconocimiento de las diferencias, lo que la autora denomina el “espacio público heterogéneo”.

Para Young, el concepto de espacio público se ha configurado en torno al ideal de imparcialidad. Éste dibuja una imagen de la esfera pública en la que las personas trascienden sus particularidades y diferencias para alcanzar un acuerdo cuyo objetivo es el bien común. Esta caracterización, no sólo se halla presente en la conceptualización moderna de lo público, sino que también aparece en las reformulaciones contemporáneas de este concepto llevadas a cabo tanto por el republicanismo como por las teorías de la democracia deliberativa. Las críticas que Young elabora con respecto a este ideal podrían resumirse en dos: en primer lugar, éste es “una ficción idealista”²² y, en segundo lugar, tiene “consecuencias ideológicas adversas”, que contradicen los ideales de igualdad y participación que la imparcialidad pretende garantizar.

El ideal de imparcialidad constituye “una ficción idealista” porque éste se define en términos de neutralidad y universalidad. Neutralidad del espacio público y universalidad de la perspectiva moral y política, es decir, adopción de un punto de vista general. La generalidad de este punto de vista depende de la posibilidad de trascender o abstraer “las afiliaciones, sentimientos, compromisos y deseos particulares”²³. No obstante, argumenta Young, todo punto de vista es situado y contextual, ¿es posible que un ser humano, un sujeto particular, concreto, situado, con su propia historia, intereses y deseos, pueda adoptar tal punto de vista general? ¿Es acaso deseable?, se preguntará también la autora.

²² *Ibid.*, p. 178.

²³ *Ibid.*, p. 180.

A la perspectiva de este sujeto ideal que razona imparcialmente, Young la denomina críticamente “visión desde ningún lugar”²⁴. Así, la noción de sujeto imparcial implica la negación de las diferencias de tres formas: por un lado, se niega la particularidad de las situaciones, que han de poder ser subsumidas bajo las mismas reglas, con una acusada tendencia a reducirlas a una única regla aplicable a toda situación. Por otro lado, al exigir un razonamiento impersonal y desapasionado, trata de subordinar o excluir el ámbito de los sentimientos, la afectividad y la corporalidad, en la medida en que son vistos como aquello que particulariza. Por último, reduce la pluralidad de los sujetos morales a una subjetividad, es decir, el ideal de imparcialidad procede mediante la reducción de la pluralidad a la unidad. Sin embargo, observa Young, “este giro hacia la unidad fracasa”:

Los sentimientos, los deseos y compromisos no dejan de existir y motivarnos solo porque hayan sido excluidos de la definición de racionalidad moral. Ellos están escondidos como sombras inarticuladas, desmintiendo las pretensiones de la racionalidad comprensivista y universalista. (...) De hecho, la pluralidad de sujetos no se elimina, sino que solo se la expulsa del terreno de la moral; los intereses, necesidades y deseos concretos de las personas y los sentimientos que diferencian a unas de otras se convierten en meramente privados, subjetivos²⁵.

No obstante, a juicio de Young, la “visión desde ningún lugar” no es la única perspectiva teórica que define la racionalidad como imparcialidad. Este ideal supone, una comprensión monológica de la racionalidad. Sin embargo, redefiniciones contemporáneas de la racionalidad en términos dialógicos, como la desarrollada en la teoría de la acción comunicativa de Habermas o la nueva noción liberal de la imparcialidad elaborada por Moller Okin, mantienen un compromiso fuerte con el ideal de imparcialidad como perspectiva generalizada. Por esta razón, Young criticará igualmente lo que denomina la “visión desde todos los lugares”²⁶. Este planteamiento sugiere que las personas son capaces de llegar a un resultado justo teniendo en cuenta todas las perspectivas particulares existentes. Ahora bien, observa la autora, “persiste la idea de que *un* sujeto, aquel que razona imparcialmente, puede adoptar el punto de vista de todas las personas”²⁷. A través de estas críticas, podemos ver las dificultades teóricas

²⁴ *Ibid.*, p. 172.

²⁵ *Ibid.*, p. 176.

²⁶ *Ibid.*, p. 179.

²⁷ *Ibid.*, p. 179.

y políticas a las que se enfrenta la teoría política a la hora de construir la idea de “intereses generalizables”, que resulta un concepto equívoco:

A veces parece significar solo aquellos intereses que son universales, es decir, aquellos intereses que todas las personas comparten y están de acuerdo en que sean respetados respecto de cualquiera. Esta interpretación de los intereses generalizables encierra una dicotomía entre universal y particular, pública y privada, dado que las necesidades e intereses que no se comparten, porque se derivan de la historia y afiliaciones particulares de una persona, quedan fuera²⁸.

A estas dos dicotomías, la autora añade la dicotomía entre razón y pasión, asociada a la de mente y cuerpo. Estas dicotomías conforman el sustrato del ideal de imparcialidad criticado. Crítica que Young toma y desarrolla a partir de la teoría feminista, la teoría antirracista y la filosofía postmoderna. Las teorías feminista y antirracista han revelado cómo la exclusión del espacio público de las mujeres y de los grupos minorizados ha operado a través de su asociación con lo particular, lo privado y lo corporal. En este sentido la autora concluye:

La dicotomía entre razón y deseo aparece también en la teoría política moderna en la distinción entre lo universal, ámbito público de la soberanía y el Estado, por un lado, y lo particular, ámbito privado de necesidades y deseos, por el otro. La teoría política normativa y la práctica política se proponen alcanzar la imparcialidad en el ámbito público estatal. Igual que la racionalidad moral imparcial, este ámbito público consigue su generalidad solo a través de la exclusión de la particularidad, los deseos, sentimientos y aquellos aspectos de la vida asociados al cuerpo. En la teoría y la práctica política modernas lo cívico público asociado con ese ámbito logra la unidad especialmente a través de la exclusión de las mujeres y otras personas asociadas con la naturaleza y el cuerpo²⁹.

La dicotomía entre razón y pasión, no sólo excluye los sentimientos o deseos, en función del interés general, sino que también los excluye de lo cívico público, en tanto en cuanto este ideal concibe las reglas de la deliberación según el modelo de la argumentación lógico-deductiva para llegar a un entendimiento, como desarrollaremos más adelante. Por su parte, la distinción entre universal y particular, de la que ya hemos dado cuenta a través de las críticas a las visiones desde ningún lugar y a la desde todos los lugares, se halla íntimamente ligada a la de público y privado, pues solo se

²⁸ *Ibid.*, p. 182.

²⁹ *Ibid.*, pp. 183-184.

reconocen las diferencias y las particularidades en la medida en que éstas son situadas en el ámbito privado.

Además de constituir una “ficción idealista”, Young sostiene que el ideal de imparcialidad tiene “consecuencias ideológicas adversas”³⁰. La primera consecuencia es que mantiene la idea de la neutralidad del Estado, lo cual permitiría continuar sosteniendo la conceptualización de la justicia en términos exclusivamente distributivos o según el modelo distributivo. La segunda consecuencia consiste en que el ideal de imparcialidad legitima los procesos jerárquicos y burocráticos en la toma de decisiones, ya que “si asumimos que quienes distribuyen son imparciales y que por tanto toman en cuenta todos los intereses presentes en la sociedad, entonces no hay razón alguna para hacer de la organización justa del poder de toma de decisiones una cuestión específica”³¹. Por último, la tercera consecuencia es que este ideal promueve, como acabamos de señalar, que la perspectiva que se considera neutral y universal es la de los grupos privilegiados³².

El ideal de imparcialidad genera la tendencia de “universalizar lo particular”³³, dado que, como hemos explicado, la parcialidad que se asocia a lo particular debe dejar paso a la imparcialidad vinculada a la generalidad. Puesto que esta tendencia universalizadora tiene lugar en contextos de injusticia estructural donde existen diferencias de grupo social, son las experiencias y valores de los grupos dominantes las que se convierten en representaciones de lo universal, excluyendo e infravalorando las experiencias y los valores relativos a los grupos oprimidos. Así, advierte Young, no sólo no es posible abstraerse de las perspectivas propias, sino que el grupo privilegiado presenta su perspectiva como neutral y universalmente válida. La neutralidad, concluye, aparece como signo de privilegio. Por la misma razón, son las personas que forman parte de los grupos dominantes quienes acceden a los puestos de poder en las instituciones y a los lugares de toma de decisiones. En palabras de la autora:

No hace falta que las personas privilegiadas persigan de manera egoísta sus propios intereses a expensas de otras personas para que la situación sea calificada de injusta. Basta con su manera parcial de construir las necesidades e intereses de otras personas, o de ignorarlas de manera no intencionada. Si los grupos oprimidos cuestionan la supuesta neutralidad de los presupuestos y

³⁰ *Ibid.*, p. 190.

³¹ *Ibid.*, pp. 194-195.

³² *Cf. Ibid.*, pp. 189-197.

³³ *Ibid.*, p. 196.

políticas imperantes, y expresan su propia experiencia y perspectiva, sus reclamos se entienden como propios intereses parciales, especiales y egoístas que se desvían del interés general e imparcial. De este modo, el compromiso con un ideal de imparcialidad hace difícil el poner de manifiesto la parcialidad de la perspectiva supuestamente general y reclamar una voz para las personas oprimidas³⁴.

Por consiguiente, la igualdad que el modelo de esfera pública basada en la imparcialidad persigue se ve radicalmente comprometida, ya que, por un lado, se produce, según Young, una falla en la representación, ya que los intereses de los grupos oprimidos no tienen representación o tienen una representación inadecuada y, por otro, la universalidad, esto es, la universalización de lo particular, supone, como veremos en el apartado 3, que unas palabras sean más escuchadas que otras.

Según Young, por tanto, debe llevarse a cabo una redefinición de lo público que permita reconocer las diferencias y dar voz a las personas que pertenecen a grupos oprimidos, lo cual implica abandonar el ideal de imparcialidad y la noción homogénea de espacio público que genera. El “espacio público heterogéneo” es la alternativa que ofrece la autora.

En respuesta a este ideal de imparcialidad, así como al concepto de universalidad e igualdad, las diferencias deben pasar a valorarse y a convertirse en demandas políticas que modifiquen el concepto de público, dando lugar a un espacio en el que tener voz y “derecho a”. En primer lugar redefiniremos estos conceptos de igualdad y universalidad, de modo que podamos entender como se configura este nuevo espacio.

En cuanto al concepto de igualdad, la autora no se refiere, tal y como ya hemos remarcado a lo largo de este trabajo, a igualdad en conceptos de redistribución, sino que este término que la autora propone para articular el nuevo espacio cívico público heterogéneo se refiere a una igualdad en términos de participación e inclusión. Sería la posibilidad de todas las personas por igual de ejercer y desarrollar sus capacidades y elecciones en todos los ámbitos de la sociedad.

Por otro lado el segundo de estos términos clave en el espacio cívico público heterogéneo sería el de universalidad, que se alejaría de la concepción de universal abstracto y de la adopción de un punto de vista general, para reformularse en términos de participación. De este modo, la universalidad pasaría a ser la inclusión universal, es

³⁴ *Ibid.*, p. 196.

decir de todas las personas, en la participación moral y social, sin que éstas deban abandonar sus particularidades.

Una vez aclarados estas dos nuevas concepciones de igualdad y universalidad, hemos de ver cómo operan las diferencias en este nuevo espacio, como pasan de ser diferencias que deben apartarse a ser tomadas como demandas políticas, y por qué. Young redefine la diferencia de la siguiente manera:

Así la diferencia pasa ahora a significar no alteridad, oposición excluyente, sino especificidad, variación, heterogeneidad. La diferencia hace referencia a relaciones de similitud y no similitud que no se pueden reducir ni a la identidad coextensiva ni a la alteridad no superpuesta³⁵.

Este nuevo concepto de diferencia lo que plantea es tanto los conceptos de igualdad y universalidad que hemos mencionado anteriormente, como la importancia de la reivindicación se ésta en el espacio público, ya que al redefinirse en términos de relaciones, y contextualizar tanto a los sujetos como a los grupos, genera una identidad de grupo. Será esta identidad la que se reivindique, a la vez que transformando, a lo largo del proceso social como una construcción relacional. Se trataría de poder abordar las asimetrías mediante la reivindicación de la diferencia como identidad, y la contextualización social que los propios grupos llevan a cabo de sí mismos.

Como un primer paso para llevar a cabo este cambio de modelo la autora se basa, entre otros en la ética comunicativa de Habermas, como medio para pasar de un encuentro monológico a uno dialógico. Para pasar de entender una sola perspectiva a entablar un diálogo intersubjetivo. El modelo que propone Habermas sugiere que la subjetividad se conforma como un producto de la interacción comunicativa, de modo que rompería con la dicotomía entre razón, deseo y afectividad. En cambio, tal y como desarrolla la autora, esta ética habermasiana sólo servirá como punto de partida. Esta razón dialógica pasa con la autora a ser una razón dialógica situada, es decir, una razón que atiende a deseos y necesidades personales, lo que genera que el juicio sea siempre un juicio parcial. La diferencia primordial sería que el modelo de Habermas continúa con un presupuesto de imparcialidad, tal y como recoge Martínez Bascuñán, tiene un “compromiso con la “imparcialidad del punto de vista moral sobre las visiones

³⁵ *Ibid.*, p. 287.

sustanciales del bien”³⁶. Una de las críticas, que ya hemos denominado como principal para comprender el modelo de Young, es la crítica al ideal de abstracción, que como vemos continúa reproduciéndose en el modelo habermasiano, mediante el consenso sobre el bien. Mientras para Young esta noción de bien no sería común a todos los grupos, por la contextualización de los mismos, para Habermas sí que existiría una noción de bien compartida y común, con lo que este modelo habermasiano recaería en la abstracción.

Mediante esta comprensión positiva se entiende que todos los grupos deben estar representados en la sociedad, no sólo por “derecho a”, sino como concepción de la sociedad como algo abierto que se enriquece con la participación de los sujetos y los diferentes grupos sociales. La autora entiende que en este espacio se genera un conocimiento social, enriquecido con las diferentes identidades de grupo que intervienen en la sociedad. Es decir, este nuevo espacio público no sólo buscaría el dar voz, así como la participación por igual de los diferentes grupos sociales, sino que conlleva, además, un enriquecimiento del conocimiento social de toda la humanidad, tal y como explicaremos más a fondo en el siguiente capítulo.

A partir de la tarea de redefinición de lo público y lo privado, la autora genera la posibilidad de participación de los grupos sociales en igualdad de condiciones en la toma de decisiones. El concepto de público se convierte en un concepto que refiere a un espacio abierto y accesible, no excluyente, y que no implica la adopción de un punto de vista universal, ni siquiera un concepto común de bien, y por lo tanto termina con este ideal de imparcialidad. Un espacio público sería, por tanto, aquel que reconocería la alteridad, y que emplearía como estrategias de interacción aquellas que tienen que ver con el juego y la pasión.

El concepto de privado que propone Young para llevar a cabo este nuevo modelo es tomado de Arendt. Se refiere a una noción de privado que no consiste en privar a los grupos sociales oprimidos de desarrollar o publicitar sus perspectivas, o excluir prácticas o cuestiones vinculadas con el deseo, las necesidades o lo particular. Lo privado pasaría a ser definido como aquello que los propios sujetos deciden apartar de la visión pública, no lo que las instituciones decidan excluir. Atendiendo a esta

³⁶ MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, M., *Género, emancipación y diferencia(s). La teoría política de Iris Marion Young*, op. cit., p. 54.

redefinición de lo público y lo privado, el espacio cívico público heterogéneo implica dos principios políticos:

a) ninguna persona, acción o aspecto de la vida de una persona debería ser reforzada a la privacidad; y b) no debería permitirse que ninguna institución o práctica social sea excluida *a priori* de la expresión y la discusión pública³⁷.

Estos dos principios constituirían las bases del espacio cívico público heterogéneo, así como los factores necesarios para llevar a cabo una democracia comunicativa real, tal y como veremos más adelante. Del mismo modo se remarca la importancia de redefinir las diferencias como demandas políticas.

Este nuevo espacio cívico público heterogéneo, así como la diferencia como demanda política, podríamos representarlo bajo el eslogan feminista de “lo personal es político”, un eslogan que reclama la inclusión de todas las personas en la toma de decisiones y la expresión pública. Ejemplos de este modelo que podrían verse en la obra de Young, serían tanto estos movimientos feministas de los años sesenta, como grupos de liberación de gays y lesbianas o los Movimientos Negro y Rojo referentes a los afroamericanos de Estados Unidos e indígenas norteamericanos. Los cuales reclaman su propia identidad de grupo como medio para exigir cambios sociales, principalmente en cuestiones relacionales y de opresión.

En definitiva, lo que propone la autora con el espacio cívico público heterogéneo es la imposibilidad de la neutralidad del espacio cívico, o dicho de otro modo, la crítica al ideal de abstracción. Como propuesta se plantea el reconocimiento de la diferencia como identidad en un sentido político, así como de las necesidades que cada grupo social puede tener, y la libertad de éstos para expresarlas. Esta propuesta se formalizará en la propuesta que a continuación explicamos de la democracia comunicativa.

3. Democracia comunicativa: inclusión y escucha

Este último apartado busca adentrarse en ese nuevo modelo democrático que Young propone y que denomina “democracia comunicativa”. Con este modelo Young pretende eliminar la injusticia que provoca el enfoque negativo de la(s) diferencia(s) y

³⁷ YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*, op. cit., p. 202-203.

articular las posibilidades de reconocimiento de las diferencias a través de la reflexión y la transformación de los procedimientos y estilos comunicativos.

Si nos preguntamos ¿por qué una propuesta de democracia comunicativa? La respuesta a esta pregunta la encontraremos fundamentalmente en dos planteamientos críticos elaborados por la autora: por un lado, la crítica al ideal de imparcialidad y al espacio público homogéneo que hemos abordado en el apartado anterior, y, por otro, la crítica que Young realiza al modelo de democracia basado en el interés así como al de democracia deliberativa, que analizaremos a continuación.

El modelo democrático basado en el interés se caracteriza del siguiente modo: los procesos democráticos consisten en que las y los participantes deciden quiénes serán los líderes y las leyes que más convienen al mayor número de personas posible, lo cual se realiza mediante el registro de las preferencias individuales en el voto. En este modelo, las diferencias existen y no se parte de una unidad previa, pero las diferencias han de ser trascendidas para encontrar el consenso mediante el diálogo político.

En el modelo de la democracia deliberativa, los procesos democráticos giran en torno al bien común, dejando a un lado los intereses particulares. Por medio de la deliberación pública se transforman las preferencias particulares en función de los fines públicos, se razona sobre su naturaleza y el mejor camino para llevarlos a cabo. Los argumentos a favor de este modelo se centran en su mayor potencialidad inclusiva e igualitaria, derivada del papel de la razón en el modelo deliberativo, ya que se trata de un modelo en el que “la fuerza del mejor argumento” obliga a aceptar un resultado colectivo. Por tanto, se trata de un modelo en el que deben prevalecer la razón, los argumentos válidos y articulados en torno al ideal de un espacio deliberativo en el que todas las personas tengan las mismas oportunidades de expresarse. Los procedimientos formales, es decir, neutrales y universales, constituyen la condición de posibilidad, tanto como de garantía, de la deliberación democrática. Pese a que se trate de un modelo en el que se defiende la escucha de argumentos y la confrontación de ideas, Young pondrá en cuestión la premisa de la unidad y la caracterización de la racionalidad en términos de universalidad, objeciones estrechamente vinculadas con su crítica al ideal de imparcialidad, que tratamos en el apartado anterior. En lo que sigue, nos centraremos en la crítica al concepto restringido de discusión democrática así como al ideal de unidad, ya sea concebido como punto de partida o como meta de la deliberación.

El problema principal con respecto al carácter excluyente de la universalidad, tal y como ha sido descrita, radicaría en emplear como únicos elementos de discusión democrática los argumentos razonados. Según Young:

Su tendencia a restringir la discusión democrática a meros argumentos trae implícitamente aparejados prejuicios culturales que pueden conducir a exclusiones de personas o grupos en la práctica. Esta presunción de que la unidad es o el punto de partida o el objetivo de la discusión democrática podría traer aparejadas serias consecuencias excluyentes³⁸.

Tanto el modelo democrático basado en el interés como el de la democracia deliberativa, siguiendo la crítica de Young, no tendrían en cuenta las diferencias particulares. Al no tener en cuenta estas diferencias particulares no se entiende que existan diferentes voces o, mejor dicho, diferentes estilos discursivos, por lo que se mantiene la creencia de que todas las voces son escuchadas de la misma manera y que se les otorga a todas la misma credibilidad y estatus. Así, siguiendo a la autora, ambos modelos:

(...) fracasan en notar que el poder social que tiene capacidad de impedir que las personas sean iguales no sólo deriva de un factor de dependencia económica o dominación política sino también de un sentido internalizado del derecho a hablar o no hablar y de la devaluación sobre el estilo discursivo y elevación de los otros³⁹.

Pero, ¿por qué Young considera tan relevante la diferencia de estilos discursivos? Los estilos discursivos, estilos comunicativos o estilos de habla, como también los denomina la autora, serían las estructuras comunicativas que surgen en la interacción cotidiana, la percepción de grupo y la interacción entre estos⁴⁰. Young considera la idea de estilos comunicativos a partir de diferentes estudios como, por ejemplo, los de la lingüista Deborah Tannen.

Tannen ha analizado los estilos comunicativos de hombres y mujeres como grupos sociales diferentes. La socialización diferenciada por género afecta a las formas

³⁸ YOUNG, I.M., “La democracia y “el otro”: más allá de la democracia deliberativa”. Trad. de Lelia Mooney Sirotinsky. *Revista Jurídica de la Universidad de Palermo*, Año 5, 1, Agosto 2000. Disponible en: http://www.palermo.edu/derecho/publicaciones/pdfs/revista_juridica/n5N1-2000/051Juridica03.pdf . Consultado el 26 de junio de 2015, p. 43.

³⁹ *Ibid.*, p. 44.

⁴⁰ Cf. MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, M., *Género, emancipación y diferencia(s)*, op. cit., p. 206.

de relación comunicativa, que son también diferenciadas. El lenguaje de las mujeres busca intimidad y amistad, minimizar las diferencias; mientras que el de los hombres busca independencia y marcar estatus⁴¹. La autora comenta:

Aunque hayan nacido en el mismo barrio, en la misma calle o en la misma casa, los niños y las niñas crecen en distintos mundos de palabras. Las personas les hablan de un modo diferente y esperan y aceptan de ellos respuestas distintas. Además, los niños no sólo aprenden hablar con sus padres, sino también con sus pares⁴².

Mientras el estilo comunicativo típicamente masculino sería jerárquico y las conversaciones pasan a ser negociaciones por conquistar y mantener cierto estatus; el estilo paradigmático de las mujeres es conciliador y las conversaciones se entienden como formas de estrechar vínculos. Ellos defienden su independencia, ellas su intimidad, por lo que el modo de relacionarse y de entender las conversaciones es diferente. Esto influye en la escucha: las mujeres tienden a escuchar más y ceder cierta posición de privilegio en los intercambios lingüísticos. En suma, los estilos comunicativos, la forma de relacionarnos y expresarnos varía en función de nuestro grupo social, en este caso el de las mujeres y el de los hombres. Young extiende la idea de diferentes estilos comunicativos a otros grupos minorizados como las personas negras o hispanas⁴³.

Si consideramos los estudios acerca de los estilos comunicativos y analizamos los “procesos formalmente democráticos”, vemos que no sólo no pueden considerarse universales, sino que encontramos similitudes más que significativas entre los estilos comunicativos de los grupos privilegiados y las características “neutrales” de la discusión democrática. En consecuencia, se obstaculiza la toma de la palabra de los grupos oprimidos y su escucha por medio de las normas de asertividad y confrontación, reforzando, a través de tales asunciones comunicativas, las injusticias, ya que “esta situación privilegia el discurso masculino en detrimento del femenino”⁴⁴.

Esta valoración de un estilo discursivo sobre el resto provoca, en el caso de los procesos democráticos que estamos abordando, que se priorice el estilo discursivo de

⁴¹ Cf. TANNEN, D., *Tú no me entiendes*. Buenos Aires: Javier Vergara Ed., 1993. Disponible en: <http://www.iesalboran.com/filosofia/tunomeentiendes.pdf>. Consultado el 26 de junio de 2015, p. 10.

⁴² *Ibid.*, p. 18.

⁴³ Para ello, Young toma estudios como los llevados a cabo por Lynn Sanders, Anthony Cortese y Charles Henry Cf. YOUNG, I.M., “La democracia y “el otro”, *op. cit.*, notas 9 y 10, p. 45 y 46.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 45.

los hombres heterosexuales, de raza blanca, occidentales, moderados, racionales, e inflexibles en el control de sus pasiones, deseos y necesidades. De este modo, el estilo discursivo que se está privilegiando busca un argumento “desapasionado”, lejos de cualquier experiencia corporal o de la muestra de emociones. Estos procesos democráticos mantendrían, por tanto, la oposición mente-cuerpo o razón-emoción, que, como hemos visto forma parte del espacio público basado en el ideal de imparcialidad.

La jerarquización implícita de los estilos comunicativos, y esta constituye una de las tesis principales de Young, incide directamente en la participación política. En muchas ocasiones, podemos oír afirmaciones como “los jóvenes no participan”, “las mujeres no quieren tomar el poder que se les ofrece” o expresiones similares con respecto a grupos sociales minorizados; lo cual, de ser verdad, supondría un grave problema para la propuesta política que se nos presenta. Young, en respuesta, plantea que este no es un problema de los grupos sociales, sino del modelo político. En este sentido, los estudios de Jane Mansbridge y Amy Gutman, entre otros, muestran las dificultades que los procedimientos considerados democráticos presentan tanto para la adecuada representación de los grupos oprimidos como para su participación. Aún más, el análisis de Amy Gutman advierte que los procedimientos democráticos pueden reforzar la exclusión en lugar de evitarla.

La investigación de Jane Mansbridge sobre el funcionamiento de las reuniones de gobierno en una ciudad de Nueva Inglaterra refleja que los intereses de las mujeres, las personas negras, la gente pobre y la gente obrera se veían menos representados porque participaban menos⁴⁵. La causa sería la exigencia de un estilo comunicativo concreto, cuyas exigencias generan una diferencia de estatus y autoridad que provoca una menor posibilidad de habla y, por tanto, de escucha. Tomando en consideración estos estudios, Young sostiene:

Es así que en muchas situaciones formales, la gente blanca de clase media mejor educada actúa generalmente como si tuvieran el derecho a hablar y a que sus palabras transmitan autoridad mientras que quienes pertenecen a otros grupos sienten una gran intimidación causada por los requisitos de la argumentación y por la carga de formalidad y reglas del procedimiento parlamentario. Por tal motivo, tienden a no hablar, o hablan sintiendo que aquellos que conducen este proceso encuentran desorganizadas estas intervenciones. Las normas de asertividad, combatividad y el respeto por las reglas de la competencia

⁴⁵ MANSBRIDGE, J., *Beyond adversarial democracy*. Nueva York: Basic, 1980.

son silenciadores poderosos o evaluadores del discurso de aquellos grupos que se encuentran en una situación de diferencia cultural e inequidad⁴⁶.

Amy Gutman, por su parte, ha analizado cómo la mayor democracia en el sistema de algunas escuelas llevó a una mayor segregación, ya que las personas blancas, más numerosas, estaban más capacitadas para promover sus intereses en contra de las demandas justas de la gente negra⁴⁷. Basándose en estas y otras investigaciones similares, Young señala que tales obstáculos a la participación son consecuencia directa de una conceptualización demasiado restringida de la discusión democrática, centrada casi exclusivamente en la argumentación. Ampliar esta conceptualización es uno de los objetivos más destacados de su propuesta de democracia comunicativa, ya que no sólo se trata de poder hablar, sino también de la posibilidad de los grupos sociales de ser escuchados en sus propios términos.

En este sentido, la autora apuesta por incluir nuevas formas comunicativas en la deliberación: los saludos, la retórica y la narración. Con los saludos, Young se refiere a expresiones como “Buenos días” o “Nos vemos en un rato” así como a los halagos, las sonrisas o las deferencias. Este elemento permite tanto reconocer a las otras personas con sus particularidades, como brindar apoyo para resolver las situaciones de conflicto. Ello debido a que estos “saludos” generan confianza y respeto. Por estas razones, los saludos ayudarían a mantener el compromiso con la discusión en momentos de desacuerdos.

La retórica, por un lado, posibilitaría eliminar la dicotomía entre razón y deseo en la que se basaba el ideal de imparcialidad, dado que todos los individuos pueden mostrar ambas características en su discurso. Por otro lado, estaría estrechamente vinculado con la escucha en la medida en que se ocupa de la audiencia. Los modelos democráticos “valoran la expresión oral pero tienden a discutir menos el proceso de escuchar”, la retórica, en cambio, “denomina las formas y estilos necesarios a seguir para uso de la palabra que se ocupa reflexivamente de la audiencia de un discurso”⁴⁸.

Por último, Young introduce la narración debido a tres cualidades. En primer lugar, permitiría expresar las experiencias particulares, provocando así cierta simpatía que posibilita entender a las otras personas. En segundo lugar, mediante la narración se

⁴⁶ YOUNG, I.M., “La democracia y “el otro”, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁴⁷ GUTMAN, A., *Liberal equality*. Cambridge: Cambridge University Press, 1980.

⁴⁸ YOUNG, I.M., “La democracia y “el otro””, *op. cit.*, p. 52.

pueden transmitir valores y significados culturales, elementos que no pueden justificarse de un modo argumental, pero que tampoco son arbitrarios. Por último, la narrativa hace posible argumentar con titularidad o presentando la necesidad, del mismo modo que mostraría los efectos de las políticas y acciones sobre la gente en distintos contextos sociales.

Según Young, la ampliación del concepto de deliberación a través de la valoración de estas formas comunicativas permite explicar de una forma más satisfactoria el proceso de transformación de las perspectivas de cada participante en la discusión pública. La transformación de la preferencia individual en la deliberación no se produce por la fuerza del mejor argumento o dejando a un lado las diferencias, sino que, siguiendo a la autora, se produce de tres maneras⁴⁹. En primer lugar, la confrontación con otras perspectivas me enseña que mi parcialidad revela mi experiencia en perspectiva. En segundo lugar, esta modificación se daría al tener la conciencia de que me encuentro en situación de resolución de un problema colectivo, con personas que tienen perspectivas diferentes a las mías y que tienen el derecho a confrontar opiniones conmigo. La transformación tendría lugar al entender que otros grupos tienen derecho a hablar, a ser escuchados y a rebatirme para llegar a un entendimiento justo. Por último, este intercambio incrementa el conocimiento social de las y los participantes, al escuchar las diferentes posturas puedes llegar a entender mejor cómo afectan las distintas propuestas a quienes se encuentran en diferentes posiciones. No se trataría de un entendimiento absoluto, dado que consiste en una “reciprocidad asimétrica”⁵⁰, esto es, las perspectivas son intransferibles en función de distintos condicionantes que conforman nuestra historia en términos personales, sociales, culturales, etc. Ahora bien, el hecho de que no podamos abandonar por completo nuestras propias perspectivas, no impide la comunicación ni el entendimiento, cuando éste no está gobernado por la idea de consenso. Al contrario, este modelo convierte a las diferencias en un recurso para la comunicación. Por estas razones, Young concluye:

El ideal de la democracia comunicativa comprende más que lo que puede comprender el ideal de la democracia deliberativa porque reconoce que cuando el diálogo político anhela resolver problemas colectivos requiere una pluralidad de perspectivas, estilos de oratoria y

⁴⁹ *Ibid.*, p. 50.

⁵⁰ GUERRA PALMERO, M.J., “Propuestas pragmáticas. Sobre el respeto moral y democracia comunicativa”. *Revista Laguna*, 9, julio 2001, p. 89.

formas de expresar la particularidad de la situación social como también la aplicabilidad general de los principios⁵¹.

Young, en su libro *Inclusion and democracy*, perfila el concepto de inclusión como pieza clave de este modelo. Ya en *La justicia y la política de la diferencia* había criticado la tendencia a interpretar la inclusión bajo el ideal de la asimilación⁵², sosteniendo que “[l]a integración en la vida plena de la sociedad no debería implicar asimilación a las normas dominantes y abandono de la afiliación y cultura de grupo”⁵³.

La inclusión, según la autora, hace referencia tanto al aspecto participativo como transformador de la comunicación y la política: participativo en el sentido de que promueve la igualdad y transformador en tanto las diferencias pasan a situarse como demandas políticas y concebirse como medios para el entendimiento. El papel de la inclusión, entonces, es el de promover la participación mediante la ruptura de la dicotomía dentro-afuera a la vez que marca condiciones de no-dominación. Por ello, no sólo es importante redefinir la inclusión en términos de dar voz a los diferentes grupos, sino que también es importante analizar de qué modo estas voces pueden ser escuchadas. Como señala Martínez-Bascuñán, Young:

Por un lado, aboga por una extensión de esos elementos expresivos de lenguaje; se produce una ampliación por tanto, de aquello que ha de contar en el diálogo para llegar a una decisión justa. Por otro lado sitúa el reconocimiento del otro, en el compromiso con el respeto igualitario de cada participante del proceso deliberativo, un valor en sí mismo al que otorga más importancia que al propio logro del consenso unitario. La relajación en las condiciones de la participación, la incorporación de esos elementos que están más relacionados con los deseos y la experiencia corporal intrínsecos a la condición human, permiten por sí solos la opción de un posibilismo transformativo porque proporcionan la inclusión de una pluralidad de “otros”, y la opción de aprender y escuchar de las experiencias diferentes⁵⁴.

Podríamos afirmar que la inclusión es la predisposición a la escucha generando espacios de no-dominación para llegar a la transformación. De este modo, Young redefine la razonabilidad en términos de escucha. En este sentido:

⁵¹ YOUNG, I.M., “La democracia y “el otro””, *op. cit.*, p. 55.

⁵² Cf. YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*, *op. cit.*, pp. 278-280. Young define el ideal asimilacionista como aquel que “niega que las diferencias de grupo puedan ser positivas y deseables; de modo que cualquier forma del ideal de asimilación construye la diferencia de grupo como una carga o desventaja” (*Ibid.*, p.279).

⁵³ YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*, *op. cit.*, p. 283.

⁵⁴ MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, M., *Género, emancipación y diferencia(s)*, *op. cit.*, p. 59.

When discussion is inclusive, in this strong sense, it allows the expression of all interests, opinions, and criticism, and when it is free from domination, discussion participants can be confident that the results arise from good reasons rather than from fear or force or false consensus⁵⁵. Además de la inclusión así entendida, rigen, siguiendo a Martínez-Bascuñán, otros tres principios de “igualdad, razonabilidad y publicidad”⁵⁶.

Así, la inclusión resulta transformadora: a través del intercambio de perspectivas en el diálogo democrático se aumenta el conocimiento social. Tal inclusión, por tanto, supone una transformación con respecto al momento previo a la deliberación y no una mera incorporación en el modelo ya existente. El aumento del conocimiento social y la razonabilidad en tanto escucha provoca que las y los participantes en la deliberación transformen su percepción, mediante la consideración de las perspectivas de otros grupos. De este modo, la escucha posibilitada mediante el factor participativo de la inclusión debe ser una escucha activa y consciente. Esta escucha, basada en el reconocimiento de los otros y las otras y de sus diferencias, genera lo que Young, tomando la expresión de Hannah Arendt, denomina “pensamiento ampliado”. En definitiva, la inclusión sería transformadora en tanto en cuanto la escucha provocaría cambios en mi perspectiva, no sólo concienciándome sobre la situación de las personas pertenecientes a otros grupos sociales, sino también proporcionándome una perspectiva ampliada de mi propia situación.

El papel de la escucha en la constitución de las demandas de grupos como demandas de justicia, es decir, de su articulación, presencia y efecto en la esfera cívica pública, podría ser ejemplificado, a mi modo de ver, a través del movimiento en contra de las *sweatshops*⁵⁷, que Young trata en su última obra *Responsabilidad por la justicia*. Este movimiento muestra como la propia postura puede ser modificada en la discusión pública. Las luchas de grupos en contra de las sweatshops en los países de destino de estas producciones textiles se articularon con las luchas de las trabajadoras de los países donde están ubicadas las fábricas. De este modo, en lugar de promover el boicot a estos

⁵⁵ YOUNG, I.M., *Inclusion and democracy*. Oxford: Oxford University Press, 2000, p. 24. Cuando la discusión es inclusiva, en sentido fuerte, permite la expresión de todos los intereses, opiniones, y críticas, y cuando está libre de dominación, los participantes en la discusión pueden tener la confianza de que los resultados surgen de las buenas razones, antes que del miedo o la fuerza o el falso consenso”. Traducción propia.

⁵⁶ MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, M., *Género, emancipación y diferencia(s)*, op. cit, p. 199.

⁵⁷ *Sweatshop* son las fábricas o "talleres esclavos" de industria textil en donde se explota a los trabajadores, normalmente ubicadas en países del Tercer Mundo." En YOUNG, I.M., *Responsabilidad por la justicia*. Madrid: Morata, 2011, p. 135.

productos, como inicialmente se hizo, se trabajó para la concienciación sobre las injusticias y la reivindicación de derechos laborales justos, desde una perspectiva situada. Esto supuso una ampliación del conocimiento social y, desde el punto de vista de Young, motivaba la responsabilidad entendida como conexión social. Esta responsabilidad generaba que las personas que hasta ese momento desconocían la situación pudiesen, a partir de ese nuevo conocimiento, luchar contra las injusticias. Por lo que no era necesario boicotear a las empresas.

La escucha, en suma, juega un papel fundamental en el modelo de democracia comunicativa de Young a la hora de dar cabida a la totalidad de las personas, eliminar y/o reparar las injusticias y hacer más participativa la democracia.

Conclusiones

En los últimos años, tanto la sociedad de nuestro país como la de todo el mundo ha salido a la calle para protestar contra el modelo de democracia existente o para exigir democracia, reclamando una voz y una representación reales, muchas veces bajo el lema “democracia real ya”. Pero, como nos muestra Young, no sólo es necesario dar voz, sino, también, que las voces sean escuchadas.

El papel que otorga Young a la escucha me ha resultado de gran interés para pensar los movimientos políticos actuales. Para poder entender el papel de la escucha en la democracia comunicativa, he optado por explicarla a partir de un conjunto de conceptos claves de la filosofía política de la autora: grupo social, opresión, espacio público heterogéneo y democracia comunicativa. A través de este recorrido, he tratado de mostrar que la escucha cumple un papel crucial en la eliminación de las injusticias y la reformulación de la democracia.

Hemos visto cómo Young reformula la noción de injusticia como todas aquellas situaciones estructurales que merman la capacidad de participación de las personas. La autora describe cinco criterios para identificar estas situaciones de injusticia estructural, que denomina “las cinco caras de la opresión”, esto es, explotación, marginación, carencia de poder, imperialismo cultural y violencia. A partir de estos criterios la autora desarrolla su noción de grupo social mediante la cual reflexiona acerca de la conceptualización de la diferencia, sosteniendo que es necesario tomar en cuenta las

diferencias existentes para no continuar perpetuando el modelo en el que las diferencias son convertidas en desigualdades.

Como hemos explicado, la noción de espacio público heterogéneo es el lugar en el que las diferencias pueden ser puestas en juego y convertidas en políticas. Lo cual supone un proceso de transformación de los significados aceptados mediante la discusión en la esfera pública de las acepciones alternativas propuestas por las personas pertenecientes a grupos oprimidos. De esta forma, Young abre las posibilidades de participación en la esfera pública a través de la toma de la palabra. Sin embargo, la autora llama la atención sobre la forma en que los estilos comunicativos obstaculizan o favorecen la participación política.

Hemos tratado de argumentar cómo la crítica a la universalidad y la neutralidad, desarrollada por Young en relación con el modelo de espacio público basado en el ideal de imparcialidad, evidencia que los estilos discursivos de los grupos privilegiados se toman por neutrales. De tal manera que los procedimientos y las reglas de la deliberación son sospechosamente parecidas a los estilos discursivos de los grupos privilegiados. Pese a hablar un mismo idioma, el modo de emplear el lenguaje así como la autoridad o la falta de ella que se crea tener con respecto a la toma de la palabra varía en función de la filiación de grupo, la experiencia y la posición social, entre otros, como hemos ilustrado a través de los estudios de Deborah Tannen y Amy Gutman. Por ello, Young sostiene que deben potenciarse estilos comunicativos que den cabida a todos los grupos y propone ampliar la noción de deliberación democrática con formas comunicativas como los saludos, la retórica y la narración.

Ampliar esta noción es uno de los objetivos más destacados de la propuesta de democracia comunicativa, ya que no sólo se trata de poder hablar, sino también de la posibilidad de los grupos sociales de ser escuchados en sus propios términos. A su vez, estos estilos comunicativos juegan un papel importante en la función de la escucha. Ésta nos permite explicar la transformación de las perspectivas de quienes participan en una discusión democrática. En ella, las personas van transformando su propia perspectiva mediante la escucha de los y las diferentes participantes en la discusión. La escucha, por tanto, permitiría comprender mejor como afectan las distintas propuestas a quienes se encuentran en diferentes posiciones, ya que están situadas.

La escucha, en suma, cumple una función primordial en el modelo de democracia comunicativa de Young a la hora de dar cabida a la pluralidad de las personas, eliminar y/o reparar las injusticias y hacer más participativa la democracia.

Aunque encontramos indicios en las prácticas políticas actuales, como la presencia y el valor otorgados a la conversación, la comunicación y la escucha, no desconocemos las dificultades que entraña la propuesta de Young. Cabe preguntarse qué estructuras de participación pueden materializar esta propuesta o qué cambios deben llevarse a cabo en las instituciones para que atiendan a los criterios de la democracia comunicativa. No obstante, comparto con Young, las posibilidades se abren cuando la gente se junta para decidir cómo vivir colectivamente y cómo tomar las decisiones al respecto.

Bibliografía

- CARMENA, M., *Discurso de investidura*. Madrid: 13 de junio de 2015. Disponible en: <https://youtu.be/VL1HjZS4qGU>. Consultado el 25 de junio de 2015.
- COLAU, A., *Discurso de investidura*. Barcelona: 13 de junio de 2015. Disponible en: <https://youtu.be/BK1JocSDSy8>. Consultado el 25 de junio de 2015.
- GUERRA PALMERO, M.J., “Propuestas pragmáticas. Sobre el respeto moral y democracia comunicativa”. *Revista Laguna*, 9, julio 2001, pp. 87-98. Disponible en: [http://publica.webs.ull.es/upload/REV_LAGUNA/09_2001/07\(Mar%C3%ADA_Jos%C3%A9_Guerra_Palmero\).pdf](http://publica.webs.ull.es/upload/REV_LAGUNA/09_2001/07(Mar%C3%ADA_Jos%C3%A9_Guerra_Palmero).pdf) Consultado el 26 de junio de 2015.
- , “Presentación. Iris Marion Young, la pensadora de las injusticias estructurales y de la responsabilidad política”. *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*, 51, 2013, pp. 5-12. Disponible en: <http://revistes.uab.cat/enrahonar/article/view/v51-guerra/pdf-es>. Consultado el 26 de junio de 2015.
- MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, M., *Género, emancipación y diferencia(s). La teoría política de Iris Marion Young*. Madrid: Plaza y Valdés, 2012.
- TANNEN, D., *Tú no me entiendes*. Buenos Aires: Javier Vergara Ed., 1993. Disponible en: <http://www.iesalboran.com/filosofia/tunomeentiendes.pdf> . Consultado el 26 de junio de 2015.
- YOUNG, I.M., *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra, 2000.
- , “La democracia y “el otro”: más allá de la democracia deliberativa”. Trad. de Lelia Mooney Sirotinsky. *Revista Jurídica de la Universidad de Palermo*, Año 5, 1, Agosto 2000, pp. 41- 56. Disponible en: http://www.palermo.edu/derecho/publicaciones/pdfs/revista_juridica/n5N1-2000/051Juridica03.pdf. Consultado el 26 de junio de 2015.

---, *Inclusion and democracy*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

---, *Responsabilidad por la justicia*. Madrid: Morata, 2011.